



PREGÓN
de la
SEMANA SANTA

CARTAGENA
1999

José Monerri Murcia



© José Monerri Murcia

Ilustraciones:

Asensio Sáez

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena

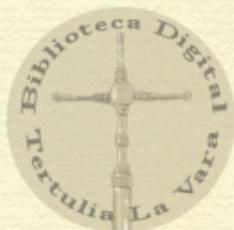
Caja de Ahorros del Mediterráneo

Imprime:

Gráficas F. Gómez. Cartagena

Dep. Legal:

MU - 704 - 1999



JOSÉ MONERRI MURCIA

Pregón de la Semana Santa

Cartagena, 1999



Publicación patrocinada por la
Caja de Ahorros del Mediterráneo





Pregón de la Semana Santa
pronunciado por D. José Monerri Murcia
Cronista Oficial
el Viernes de Dolores, 26 de Marzo de 1999
festividad de la Patrona de Cartagena
en el Nuevo Teatro Circo.



*Excmas. e Ilmas. Autoridades civiles, militares y eclesiásticas.
Ilma. Sra. Alcaldesa y Excma. Corporación Municipal.
Junta de Cofradías.
Hermanos, Mayores y Cofrades.
Nazarena Mayor de la Semana Santa de 1999.
Cartageneras.
Cartageneros.*

Mis primeras palabras quiero que sean de agradecimiento para la Junta de Cofradías y mi dilecta alcaldesa que, sin que yo pudiera sospechármelo, tuvo la gentileza de nombrarme Cronista Oficial de Cartagena, y que ahora ha refrendado el acuerdo de los cofrades para que sea el Pregonero de la Semana Santa del último año del siglo XX. Sinceramente, creo que no puedo aportar más méritos que el intenso amor a la Ciudad que me vio nacer. Soy consciente de que el ser Pregonero comporta una enorme responsabilidad cuando esta misión, con muy acertado criterio, ha sido siempre encomendada a personas de consolidada fama y categoría, lo que me hace afrontar esta hermosa tarea de ensalzar a nuestra Cartagena y a nuestras procesiones revistiéndome de valor y recurriendo a mi corazón de cartagenero insobornable, que es, sinceramente, mi único argumento ante el emocionante momento que estoy viviendo.



Y tras estas palabras quisiera dedicar un entrañable saludo al obispo titular de nuestra diócesis de Cartagena, monseñor Manuel Ureña Pastor, porque es la primera vez que concurre a este acto. Yo le pediría, aunque esto no sea misión del Pregonero, que tome honda conciencia de que los cartageneros lo consideramos nuestro pastor, porque este título arranca nada menos que desde el desembarco del Apóstol Santiago por nuestras playas de Santa Lucía. Y desde ahí, se extendió la Luz del Evangelio por toda Hispania. Esta tradición tiene firmes apoyos y argumentos que ahora no es el momento de reproducir. Pero los cartageneros estamos tan orgullosos de ser la entrada de la doctrina de Cristo en nuestra patria, que no renunciamos a ello.

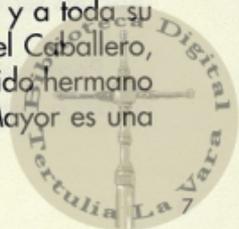
Es más, con un poco de descaro y atrevimiento, me atrevería a insinuar a monseñor Ureña, que ha independizado la diócesis de Alcalá del binomio con Madrid, que en nuestra diócesis –aunque sigue ostentando únicamente el nombre de Cartagena– para evitar confusiones en el futuro, buscarse la fórmula que la hiciese de nuevo sede metropolitana, es decir, que fuese Arzobispado, título que ostentó desde el año 323 con Sevilla, Mérida, Braga, Zaragoza y Palma, y que perdió en el 615 con el arzobispo Vicencio, que fue martirizado.

Existe el precedente de Mérida, a la que en 1992 la Santa Sede ha constituido en provincia eclesiástica que tiene como arzobispado Mérida-Badajoz, del que dependen los obispados de Coria-Cáceres y Plasencia. No es, por tanto, descabellado pedir que en nuestra Comunidad Autónoma se intente recuperar el arzobispado de Cartagena y se creen los obispados de Murcia y de Lorca.



Pido perdón, nada más iniciado el pregón, porque parece más bien una proclama reivindicativa. Pero, con toda humildad –y al margen de estas consideraciones– solicito de nuestro querido prelado que logre que en nuestra diócesis todos seamos uno –“ut sint unum, sicut et unum sumus”–, según oraba Cristo al Padre con el corazón encendido antes de su Pasión, y que se consiga el “consummati in unum”, como máxima expresión de esa unidad para la eternidad entre todos los que somos hijos de Dios por el sacramento del Bautismo. Su corazón de pastor de la grey cartagenera lo sabe muchísimo mejor que yo, por lo que, humildemente, le reitero mi petición de perdón.

Y dicho esto, me dirijo directamente a nuestra Nazarena Mayor, María del Carmen García Lorca, porque es la genuina representación de la mujer cartagenera para todos los que vivimos y sentimos nuestras procesiones. Un año más, la Junta de Cofradías ha dado de lleno en la diana seleccionando a una mujer que, aunque marraja indiscutible en sus raíces, es, por encima de todo, cartagenera y procesionista. Claro que no le podemos negar en su historial que sus hermanos fueran de la agrupación de la Santa Agonía, y que ella, con su esposo mi querido colega jurídico Pedro Ferrández Flores, –que con gran éxito precedió al actual Hermano mayor al frente de la Cofradía morada–, desde 1954, cuando eran novios, se insertó en la agrupación del Santo Sepulcro. Y si hubiera que realizar una clasificación de mujeres que más capas han planchado a procesionistas, estaría en los primeros lugares de la lista, con la tarea realizada a sus seis hijos, algunos por la mañana y otros por la tarde. Pero, por encima de todo, a Mari Carmen y a toda su familia los conozco de toda la vida en la calle del Caballero, sosteniendo una íntima amistad con su desaparecido hermano Luis, y puedo dar fe de que nuestra Nazarena Mayor es una



cartagenera y una procesionista integral, una mujer fuerte como la de las Sagradas Escrituras. Y que ha sido elegida por méritos propios. Mi enhorabuena más sincera y mi felicitación más entrañable, querida Mari Carmen.

Y tras este exordio, vayamos con el pregón.

Yo quisiera dirigirme, por separado, a los cartageneros presentes y a los cartageneros ausentes y forasteros. Porque, a mi modesto entender, los puntos de vista son distintos.

A los cartageneros presentes les digo, de entrada, que no les cuento las procesiones porque se las saben igual o mejor que yo. Así huyo del tópico. Pero no puedo evitar el expresar algo de mis vivencias personales. Soy marrajo. No lo puedo negar. ¿Por qué? Por algo que quizá heredé de mi padre. Cuando tuve uso de razón me dijo que los bautizados en San Diego eran marrajos y los bautizados en Santa María de Gracia, californios. Ahora no sé si mi padre me engañó, pero lo cierto es que me sentí marrajo y busqué incorporarme a una agrupación. Lo pensé. Y, llevado por mí entusiasmo juvenil, me incliné por la agrupación de la Virgen de la Soledad. ¿Por qué? Porque salía dos veces el Viernes Santo: una, por la mañana, con la Dolorosa de entonces, a la que llamábamos "la guapa" y a la que yo le tenía mucha devoción; y por la noche, con la Soledad, la Madre de los marrajos, cuyo cuarto año de coronación canónica celebraremos en mayo. Y, como valor añadido, para mayor emoción, heredé el vestuario de José Luis Meseguer Jorquera, que después sería Hermano mayor de la Cofradía.

Pero me nombraron Procesionista del Año en 1991 y mi corazón, que también estaba en la Junta de Mesa de la Cofra-



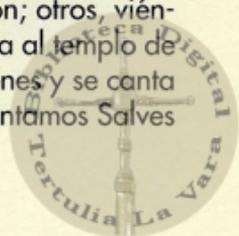


día del Cristo del Socorro, pasó a integrarse, sin dividirse, también en las Cofradías California y del Resucitado, de las que me siento muy orgulloso de ser Hermano de Honor.

Y aquí, para no entrar en la dinámica archisabida de los desfiles de cada jornada de nuestra Semana Santa, daré cinco pinceladas que coinciden con los momentos que elegí como Procesionista del Año para vivir con intensidad nuestras procesiones.

En primer lugar, cronológicamente, el Vía Crucis del Cristo del Socorro, que hace madurar a media Cartagena en su Día Grande, festividad de la patrona, la Santísima Virgen de la Caridad. Aquí somos así: todo lo aprovechamos para formar una procesión. Y así pasó con el milagroso Cristo Moreno, vinculado al Duque de Veragua, en 1691. Y de esta forma, al que se incorporó hace pocos años una Virgen –la de la Soledad del Consuelo– los cartageneros tenemos el privilegio de “echar a la calle” la primera procesión del año en España, como ha tenido lugar esta mañana entre el fervor popular de cofrades de los cuatro colores.

Después, no me pude resistir a acompañar a nuestra Virgen de la Piedad en la noche del Lunes Santo. Es la forma más idónea de expresar nuestro amor filial a esa Virgen de la Caridad a la que todos los cartageneros amamos apasionadamente porque Ella nos quiere y nos socorre en todas nuestras necesidades con inmensa ternura. Lo ratifica el hecho de que toda Cartagena está en la calle: unos, en la procesión; otros, viéndola pasar. Pero lo más electrizante es la llegada al templo de la patrona, cuando se da frente a ambas imágenes y se canta esa Salve popular que para mí –y eso que le cantamos Salves

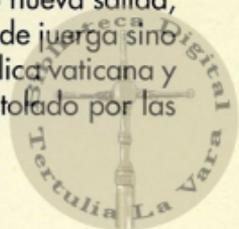


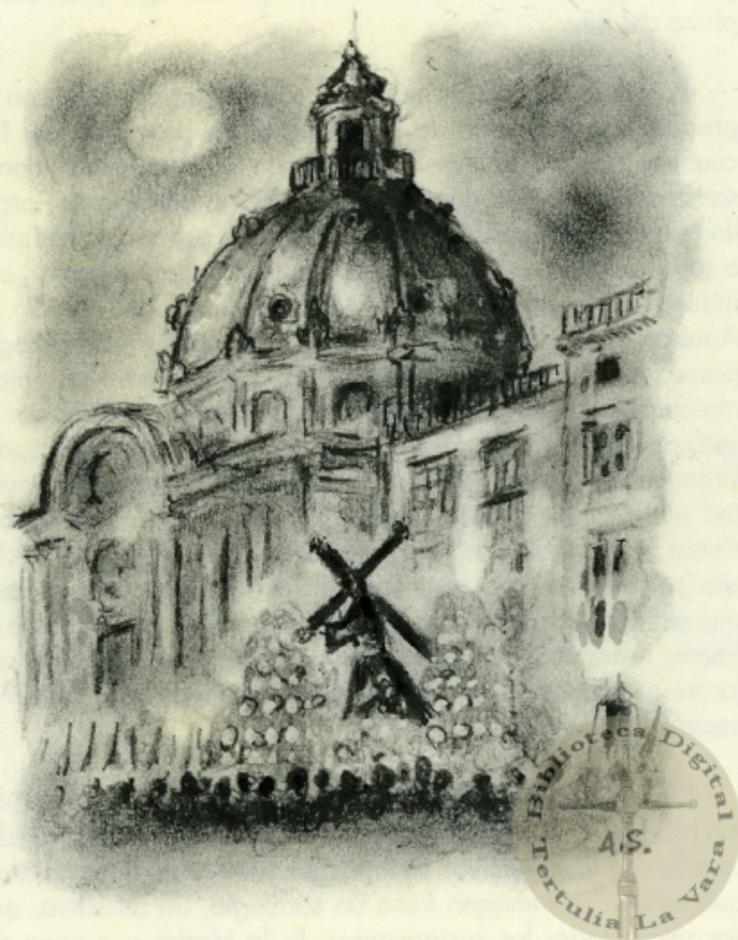


a la Virgen en las recogidas— es la Salve de las Salves. Por lo menos, el corazón vibra y late con la mayor intensidad ante tan sublime momento.

No podía perderme la procesión californiana. Y me incorporé a ella el Miércoles Santo, viviendo las grandezas de los encarnados desde dentro. Como cuidan los detalles. Y como se lucen porque, además de poder usar un colorido más alegre que los marrajos, tienen la fortuna —¿por qué será?— que es rarísimo que les llueva, penitencia que, año tras año, persigue a los morados el Viernes Santo. Por lo menos, es inevitable estar pendientes “del hombre del tiempo”.

Y no sólo viví intensamente la procesión de mis queridos hermanos californios, sino que, además, tuve que seguir a San Pedro, ya de recogida hacia el Arsenal con el pasodoble “El Gallo” —contraste simpático entre religiosidad y folklore en conjugación cartagenera— y pedir, sobre las cuatro de la madrugada del ya Jueves Santo, permiso al vicealmirante jefe del Arsenal para que lo dejara entrar. Fue el año en el que el director general de Personal del ministerio de Defensa, reconoció a Pedro Marina Cartagena su salario como encargado de Maestranza, acabando con su inseguridad laboral y dándole una antigüedad desde 1955, aunque manifestara que “de trienios, nada”. En cambio, presumió de que tiene en su nómina a un arzobispo que es el vicario general castrense, y a él, que es el primer Papa de la historia. Por descontado que el jefe del Arsenal ordenó abrir las pesadas puertas para que entrara “como Perico por su casa” y residir allí hasta su nueva salida, después de argumentarle que no venía de estar de jerga sino que, desde su hermoso trono con peana de basílica vaticana y gallo enmudecido, había hecho un eficaz apostolado por las

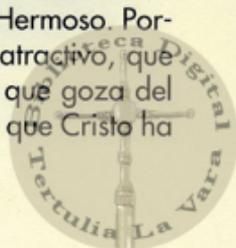


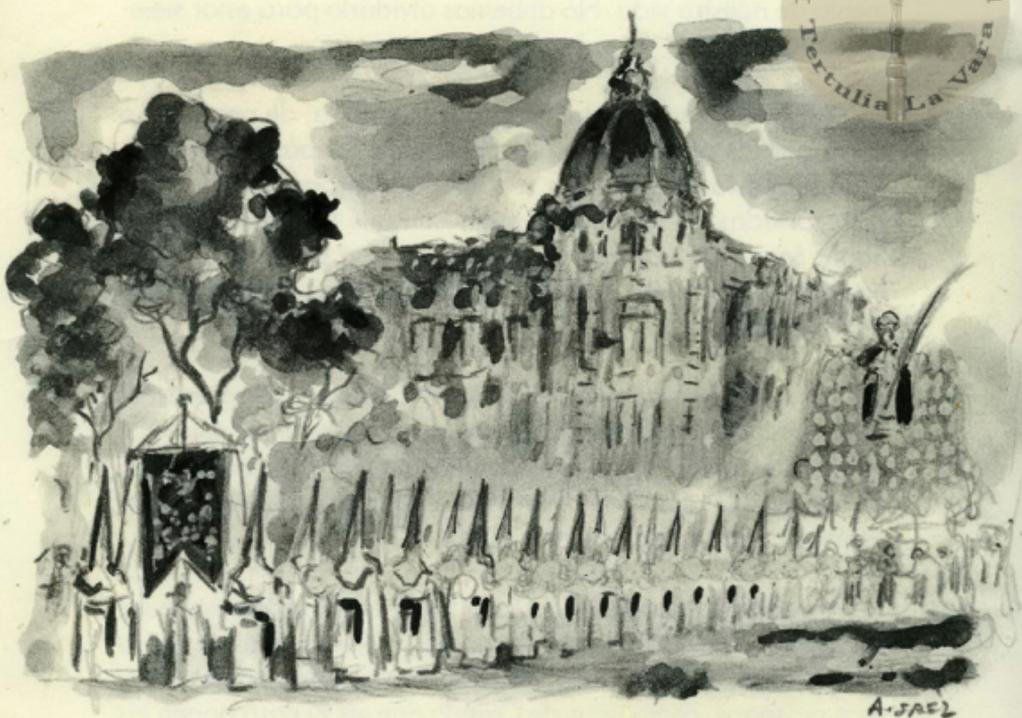


calles de Cartagena. Esa entrada de San Pedro, de recogida, en el Arsenal, es un acto insólito en las procesiones, que posee una simpatía entrelazada con el costumbrismo, lo cual da lugar a la presencia de ese numeroso público que abarrota la plaza del Rey.

Para cumplir con los marrajos, ¡qué mejor que salir con mi predilecta agrupación de la Virgen en la procesión del Encuentro! Y así lo hice. Desfilé delante de "La Pequeñica", con la satisfacción de ver a uno de mis hijos como portapasos –orgullo que comparten tantos padres y madres cuando contemplan a sus hijos bajo un capuz o llevando un trono– y soportar, con indescriptible emoción, en el "pico esquina" del Palacio de Aguirre, el ver bajar raudamente por la calle de San Diego, procedente de la Lonja del Pescado –donde están las raíces marrajas– al Nazareno, para que sus portapasos frenaran en seco ante la Dolorosa, que aguardaba amorosa y traspasada. El Encuentro fue tan ceñido que temí ser estrujado por la multitud que llenaba el lugar, mientras los portapasos de ambos tronos se abrazaban e intercambiaban obsequios, entre el clamor popular. No sé si será apreciación personal, pero yo creo que el Encuentro es el momento culminante de toda la Semana Santa, refrendado con una Salve popular que se mezcla con los trinos de los pájaros de los árboles del típico Lago, de amanecida.

Y me despedí de las procesiones, lógicamente, con la última procesión. No desfilé con la Junta de Mesa del Resucitado. Lo hice con los directivos de la Virgen del Amor Hermoso. Porque es que esa imagen tiene un sortilegio, un atractivo, que encanta a todos los cartageneros. Es la Madre que goza del triunfo del Hijo, la que nos dice que era verdad: que Cristo ha





resucitado. Y que para resucitar antes hay que padecer. Por eso podemos decir: "in laetitia, nulla die sine cruce". Con alegría, ningún día sin cruz. Que podemos ser felices hasta con el dolor y las contradicciones. Porque las pasó nuestro Redentor y en la esperanza de nuestra resurrección está todo el fundamento de nuestra vida. No debemos olvidarlo para estar siempre alegres.

Y esa Virgen del Amor Hermoso es subida, de carrera y a pulso por los portapasos calle del Cañón arriba, de un tirón. Algo impresionante. Como sublime, de gargantas con voces entrecortadas, es la Salve popular con que la despedimos en Santa María de Gracia, cuando se cierran sus altas puertas hasta el año próximo, entre la suelta de palomas y el estruendo de los cohetes.

El pregonero ha expuesto cinco vivencias, rompiendo el molde de referir cronológicamente las procesiones. Con ello ha querido transmitir sus emociones y sus momentos culminantes de esa Semana Santa de 1991, que para él ha quedado grabada indeleblemente en su alma.

Y ahora le toca el turno a los cartageneros ausentes y a los forasteros. Yo quiero tener un recuerdo hondo, sentido, para mis paisanos que no podrán ver este año nuestras procesiones; esos paisanos, como unos de Oviedo que en su casa ponen los discos de nuestras marchas y lloran de emoción. Y lo mismo que los de Oviedo, cualquier cartagenero que esté en cualquier lugar de nuestro planeta.

Me consta que el cartagenero de la diáspora es más "forofo" que el que está en casa. Y, por eso, no me resisto a referir





la anécdota de un alférez de complemento que, estando de guardia, en Barbastro, porque a las tres de la tarde, con la denominación de "Marchas militares", emitieron por Radio Zaragoza —que tenía conectada— los pasacalles de los granaderos, llamó a todos los soldados que formaban la guardia a los que obligó, sin saber ellos dentro de su estupor de qué iba el asunto, a escucharlas, porque el romántico alférez no supo hacer otra cosa en aquel momento para que alguien compartiera su desbordante emoción en un día del mes de octubre de 1953 y a tantos kilómetros de su tierra.

El pregonero manda un abrazo fuerte, impregnado de amor a la Virgen de la Caridad, para esos paisanos que tienen que vivir de la nostalgia y el recuerdo en estos días tan señalados, y tener un momento muy emocionado y agradecido para todos aquellos que hicieron, a través de los años, posibles nuestras procesiones y que "nos han precedido con el signo de la fe y duermen el sueño de la paz".

Al forastero le diré, en primer lugar, que el cartagenero es un ser singular: ni murciano, ni andaluz. Han pasado por él muchas culturas que, lógicamente, han influido en su personalidad. Pero, eso sí, es un ser mediterráneo, luminoso, alegre, extrovertido, barroco, acogedor.

El inolvidable Cronista Oficial de Cartagena, Isidoro Valverde, escribió en su "Cartagena entrañable", "que el cartagenero es anárquico por naturaleza", pero "le viene de raza ser generoso y caritativo". (Ahí está el Hospital de Caridad para demostrarlo). Es también "apasionado" ... "hospitalario: se desvive por el foráneo hasta extremos que son inconcebibles" ... "Es barroco porque se lo impone su geopolítica: vive en tierra de

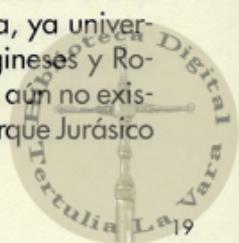


sol intenso, de cielo azul, de colorido, de hombres habladores y abiertamente sociables". Al final, Isidoro se atreve con esta definición: "El cartagenero es un ser generoso, caritativo, barroco, picajoso y suspicaz, que habla muy mal el castellano, que tiene sus reservas en cuanto a los murcianos de la capital y que bebe 'asiáticos', 'láguenas' o 'reparos'. El cartagenero es ingenioso, californio o marrajo, orgulloso y murmurador, anarquista por naturaleza y castrense a fuerza de ver marcar el paso". La verdad, agrega el pregonero, es que Isidoro nos conocía bien.

Con esto, el forastero se podrá hacer una idea de que, efectivamente, está ante un hombre singular, del que puede fiarse plenamente, porque lo recibirá con los brazos abiertos.

Ese mismo cartagenero le hablará de una Ciudad trimilenaria, de culturas superpuestas, por cuyo puerto han pasado buques de Tarsis, fenicios, griegos, romanos, moriscos y de todas las nacionalidades. Una Cartagena que, paradójicamente, está resucitando de forma muy notable de manera simultánea sacando a relucir toda su riqueza arqueológica de su subsuelo, con un hermoso Teatro Romano, un Anfiteatro bajo su plaza de toros, una muralla púnica, termas y calles romanas; un cerro, como el del Molinete, que encierra celosamente maravillas por sacar a la luz, o una muralla bizantina, en el conglomerado de otros restos hasta prehistóricos. Y otra Cartagena, que se está renovando a ojos vista.

Arturo Pérez-Reverte, un cartagenero de raza, ya universal, decía en su pregón de las fiestas de Carthagineses y Romanos: "En los mapas del mundo antiguo, cuando aún no existen ni en Nueva York, ni en París, ni Madrid, ni el Parque Jurásico



ni Disneylandia, ya figura esta ciudad. Una ciudad que, si cada ciudad conquistada cuesta a Roma el precio, el trofeo de una corona mural para quien primero asalta sus muros y sobrevive, justo es que, por ser la ciudad que es, y como dijo aquel amigo, a Roma tenga que costarle dos”.

Y, con el sentido del humor del “borde” cartagenero, también dice: “Porque aquí, en Quart-Hadast, la historia no se aprende, sino que se mama. Mientras otros son expertos en hamburguesas, o convierten en museos edificios con menos de doscientos años, o descubrieron la palabra ‘cultura’ ayer por la tarde, aquí tiras una casa (y en los últimos tiempos se han tirado unas cuantas) y te sale debajo una lápida funeraria, o un trozo de calzada bimilenaria. Aquí sales a pescar, echas el volantín o la potera, y enganchas un ánfora romana. Aquí hablamos ya desde el colegio de murallas griegas, de inscripciones púnicas, y antes de tener uso de razón ya sabemos lo que significa el SPQR inscrito, por ejemplo, en los estandartes de Roma. Que todo el mundo tuviera tan clara la vida lo mismo que los habitantes de esta ciudad han tenido siempre claras sus raíces y su memoria”.

En cuanto a la Cartagena que renace, es cierto que ha atravesado un largo bache, luchando contra el fantasma de su posible hundimiento al desaparecer las multinacionales, incrementarse el paro, perder la presencia de militares y marinos por causa de disposiciones ministeriales. Eso ha obligado a que la ciudad reaccione y el cartagenero se enfrente consigo mismo en una lucha por su subsistencia. Y lo está logrando. Cartagena ha recobrado su tradicional alegría. Las industrias vuelven. El municipio remozca calles, colocando amplias aceras y esbeltas farolas. El viejo Casco Antiguo o Histórico co-

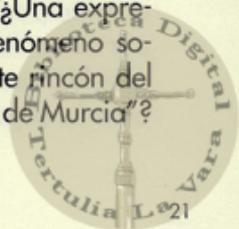


mienza a respirar por el eje-central y ahora se dispone a hacerlo desde levante al centro. El pregonero, en el que concurre la condición de Cronista Oficial, tiene la obligación de dejar constancia, de dar fe, al margen de toda intencionalidad política —porque él no es político—, de que está siendo un Cronista de transición urbana que, felizmente, coincide con el final oficial del siglo. Y lo dice con mucha alegría y esperanza, porque ve que Cartagena va camino de ser lo que fue: una gran capital española del Mediterráneo.

Esas realizaciones urbanas de nuevo cuño han obrado el milagro de que ese centro ciudadano de la calle Mayor y Puerta de Murcia experimente la gratificante presencia del cartagenero que vive pasada la “frontera” del Paseo de Alfonso XIII, ocupando las amplias terrazas y dando lugar a un movimiento intenso, que se había perdido y ahora se ha recuperado.

Y es que el cartagenero es feliz cuando se siente próximo al mar y recibe las brisas marinas. Por eso está muy esperanzado en que su bello puerto acabe de ser remodelado, adquiriendo toda su entidad y recibiendo la visita, que ya se anuncia, de cruceros que, sin duda, potenciarán destacadamente nuestro turismo.

Pero creo que nos hemos detenido, quizá excesivamente, en lo que es un cartagenero y lo que es Cartagena, en aras de ilustrar a los forasteros y no les hemos hablado de procesiones. ¿Qué son las procesiones de esta bendita tierra? ¿Una expresión religiosa? ¿Un movimiento folklórico? ¿Un fenómeno social? ¿Qué son y cómo son las procesiones de este rincón del Sureste, al que un alcalde llamó “la orilla marinera de Murcia”?



Paladinamente he de decir al forastero que no se las puedo explicar: tiene que verlas. Y entonces sentirá una emoción impactante. Se encontrará con algo que nunca pudo imaginarse. Y aunque en un principio dije que no recurriría al tópico, no tengo más remedio que pronunciar tres palabras mágicas: luz, orden y flor.

La luz, quizá como producto de nuestro cielo, está incorporada a los desfiles pasionarios. Pero luz eléctrica, aunque el forastero no se lo crea. Primeramente se hacía a través de artilugios en combinación con cables, los cuales conectaban hachotes y tronos. Ahora, el ingenio del cartagenero se ha superado y ha prescindido de los cables para suministrarse a través de pilas —que los penitentes llevan como cingulo interior bajo sus túnicas— para alumbrar sus hachotes, y de baterías para que los tronos encandilen en todo su esplendor. Y, para mayor asombro, hasta un tercio desfila con luz de butano.

El orden viene dado, quizá por el espíritu secular castrense de la ciudad, que tiene su mayor expresión en los piquetes que cierran los cortejos, —aunque ahora, con la ausencia de Infantería y Marinería se resientan en este aspecto— que han llevado a que todos los tercios vayan perfectamente alineados, marcando el paso y arrancando y parando al unísono sus componentes. Esa es la gran penitencia del portador de un hachote, que durante todo el recorrido ha de ir con la vista fija en el portador del sudario o estandarte. Ahí está el secreto del éxito, del automatismo, de la sincronización. Y ahí están las horas de oración por las necesidades familiares, por la paz del mundo, por cualquier motivo, que eleva el alma a Dios y sobrenaturaliza el esfuerzo. Y este año, seguro, se tendrá muy presente que ante la llegada del Milenio, el Papa lo ha dedicado a Dios



Padre y hacia Él irán dirigidas las oraciones, porque "Dios es rico en misericordia, es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre", como escribe Juan Pablo II en su encíclica "Dives in misericordia", segunda de su pontificado.

Y en cuanto a la flor, ese es otro cantar. Aquí, los cartageneros y cartageneras se desbordan en delicadezas y buen gusto para que los tronos salgan a la calle con un admirable arreglo floral, en abundancia y en detalle. Es ese, nuestro estilo mediterráneo, que tiene en esta faceta otra válvula de escape. Difícilmente podrán superar en ninguna procesión de España el derroche y buen gusto floral, por ejemplo, de un trono del San Juan o de la Virgen.

Y tras quedarme descansando con este inciso de los tres tópicos, escuchemos lo que han dicho otros pregoneros de nuestras procesiones:

Isidoro Valverde: "Ya tiene Cartagena los brazos abiertos para recibir, como madre amorosa, a sus hijos ausentes; esos cartageneros que regresan a su tierra para tomar la dosis de cartagenerismo que les garantizará su fidelidad durante un año. Desde hoy, Viernes de Dolores, hasta el Domingo de Resurrección, Cartagena ofrecerá a propios y extraños, de todo, menos descanso. Para los cartageneros de a pie, comenzó el desasosiego. Y las autoridades, ya lo verán, no darán abasto. Durante estos días, las casas se desorganizan y el cartagenero se disloca. Y es que faltan horas..."

José Zarco: "Si se permite el atrevimiento y expresión, en Cartagena 'se inventaron las procesiones'. Fue Santiago el primer procesionista, 'trono' humano que llevando sobre él mis-



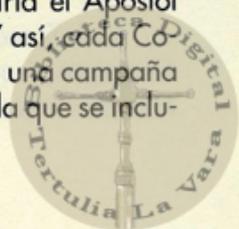
mo a Dios, lo procesionó por toda España partiendo de Cartagena”.

Joaquín Navarro Valls: “Pero, ¿hacia donde va esta movi-
lización anual de la iniciativa y de las capacidades de esta
tierra? Hacia la representación de un hecho histórico que es, a
la vez, el momento central de la humanidad: la angustia, pa-
sión, muerte y resurrección de Cristo acaecida veinte siglos
atrás. Es decir, Cartagena se reconoce a sí misma cada año en
torno a un hecho religioso. Y crea con sus desfiles procesionales
una manifestación que, en mi opinión, ha de ser juzgada, va-
lorada y, sobre todo, comprendida principalmente con
parámetros religiosos”.

Monseñor Azagra: “en las procesiones, el pueblo se emo-
ciona. La Semana Santa cartagenera se justifica y se mantiene,
se garantiza y se funda en la devoción del pueblo”.

No; no estamos ante un movimiento folklórico, afirma el
pregonero. Estamos ante una expresión religiosa que, al mis-
mo tiempo, entronca con un fenómeno social. El cartagenero
será anárquico, como decía Isidoro Valverde, pero hay una
cosa en la que está de acuerdo: en ser procesionista, sin dejar,
naturalmente, de ser cartagenero. Ese es el binomio clave del
ser de este fenómeno social: cartagenero y procesionista.

Pero la labor de las Cofradías no queda solo en lo que
algunos podrían denominar la parafernalia de las procesio-
nes. Aquí hay fe, pero no fe muerta, como diría el Apóstol
Santiago, sino que va acompañada de obras. Y así, cada Co-
fradía desarrolla una labor social. Los marrajos, una campaña
de recogida de alimentos antes de Navidad, en la que se inclu-



ye la "misa del kilo" que organiza la agrupación de la Virgen. Tienen un taller de bordado y se están preparando para poner en marcha —a punto de inaugurar— la Casa de Betania, como residencia de ancianos, en plena calle del Duque, que se nutrirá del Voluntariado de la propia Cofradía y donde podrán hacer vida hogareña hasta doce ancianos.

Los californios hacen, en diciembre, su campaña de juguetes para Cáritas y algunas agrupaciones ayudan al Hogar de la Infancia, entidades benéficas, parroquias y familias necesitadas.

Los del Resucitado, en Navidad, atienden al Hogar de la Infancia, Residencia de Ancianos, Hospitalidad Santa Teresa y Cáritas de Santa María de Gracia y dan un donativo al Hospital de Caridad. Además, el Domingo de Resurrección tienen el gesto simpático de llevar "monas" a la Residencia de Ancianos y caramelos al Hogar de la Infancia.

Y los del Cristo del Socorro, los más pobres, dedican el treinta y tres por ciento de su presupuesto a obras benéficas para los pobres de la Puerta de la Villa, atención a enfermos necesitados en hospitales y pago de medicinas.

Está claro que no todo lo que se ve son las procesiones. Hay algo más dentro de ellas, que no trasciende, pero que habla del amor al prójimo de las cuatro Cofradías.

Y ya que hablamos de las Cofradías, el pregonero, con toda humildad, pediría que entre las cuatro exista siempre unidad, respeto, amor, expresión del mandamiento nuevo: "que nos amemos unos a otros, como Cristo nos amó"; que no alar-



guen más las procesiones ni se creen más agrupaciones, y que los esfuerzos se empleen cada año en mejorarlas; y, por último, que nos tomemos con tiempo la tarea de nuestra difusión, no dejando la presentación del cartel de Semana Santa para la "Llamada", el Miércoles de Ceniza, y que empleemos, con valentía, todos los medios de comunicación a nuestro alcance para anunciar que tenemos, según lo sentimos y vivimos, las mejores procesiones de España.

Al parecer, con ese deseo expresado públicamente de que la Semana Santa cartagenera sea declarada de Interés Turístico Internacional, la Junta de Cofradías, con el apoyo de la Concejalía de Turismo y del Consorcio Turístico Cultural, haya dado un importante paso. Como el de rebasar nuestras fronteras regionales, y hasta nacionales, a través de folletos, carteles, vídeos y promociones hoteleras. Sinceramente, ese creemos que es el camino.

El pregonero también desea ardientemente, que en un futuro próximo, este solemne acto pueda tener como marco el Salón de Plenos de nuestro bello Palacio Consistorial, reanudando la tradición, aunque agradezcamos muy de veras la acogida en este local que, aunque nuevo, encierra las cenizas de una romántica parte de la historia cultural y artística de una Cartagena que se nos fue: el inolvidable antiguo Teatro Circo.

Y para terminar, quiero, de todo corazón, encomendar al pregonero del año que viene, que será oficialmente el primero del siglo XXI, a nuestra Virgen de la Caridad, para que acierte a declarar que nuestras procesiones, alma de Cartagena, son insuperables.





CAM

Caja de Ahorros
del Mediterráneo

